No solamente Ezequiel construía utopías para una restauración que se consideraba próxima. Durante los treinta o cuarenta primeros años después de la ruina de Jerusalén hubo un período en que se elaboró un nuevo Deuteronomio, un Código del porvenir. Todos los hombres piadosos admitían que Israel restaurado tuviese una ley nueva. El espíritu profético se consideraba como una inspiración constante, suficiente para completar y resolver la Thora. Se emprendió la obra, no con la precisión natural con que se trata de editar disposiciones que pronto han de aplicarse, sino con la vaguedad propia de las aspiraciones mal definidas.

El Código de la restauración se bocetó con cincuenta años de anticipación. No se escribieron estas páginas en el momento de la reconstrucción del templo, sino en una época en que las esperanzas de la nación eran sueños y en que se podían confiar al papel las soluciones más osadas porque no había que temer el contraste de la realidad.

Hay que considerar la conexión íntima entre los nueve capítulos últimos de Ezequiel y las partes sacerdotales y levíticas de la Thora. Así como junto a Jeremías nace en cierto modo espontáneamente el Deuteronomio, como forma codificada de sus ideas, junto a Ezequiel aparece la Thora sacerdotal que llamaríamos el Levítico si sus miembros dispersos no se hallaran también en el Éxodo, en los Números y en Josué.

El Libro de la Alianza, el Decálogo, el Deuteronomio seguían siendo fundamento de las instituciones religiosas de la nación, pero tendían a establecerse ideas nuevas, algunas muy importantes. La situación de los levitas era comparable a una herida sangrienta, para la cual no se veía mejoría alguna. Cada vez se tendía más, con arreglo a la teoría de Ezequiel, a separar a los sacerdotes de los levitas. Según este modo de pensar, los sacerdotes servirían a Dios y los levitas a los sacerdotes.

Su misión era la de hieródulos, ocupados en los menesteres bajos del templo. Como las instituciones futuras tendrían su raíz en los tiempos mosaicos, se enriqueció la vida de Moisés con leyendas destinadas a probar que todo intento de los levitas para usurpar las funciones sacerdotales, era un crimen que merecía la muerte. Los cantores y músicos ocupaban, al parecer, un lugar de honor entre los levitas. Estas funciones se supuso que las desempeñaba en tiempo de David una especie de tribu levítica llamada Beni-Gorah o hijos de José, y que el fundador de ella vivía en tiempo de Moisés. Formóse sobre este Gorah una leyenda terrible. Se decía que pretendió poderes sacerdotales iguales a los de Aarón y se dispuso para saber quién tenía razón una especie de juicio de Dios. Los aaronitas por una parte y los gorahitas por la otra, se acercaron al tabernáculo con sus incensarios, y el fuego del cielo devoró a Gorah y a su gente.

Jamás habla Ezequiel ni hablaron Jeremías, el Deuteronomio y sus

antiguos profetas, de Aarón como origen del sacerdocio. El comienzo de la función de sumo sacerdote aparece en tiempos de Josías. El ejército de sacerdotes agrupado alrededor del templo tenía que contar con un jefe. El signo de la preeminencia por designación era la unción. El sumo sacerdote se imaginó ungido, instalado con solemnidad, con traje aparatoso, y obligado a un decoro extraordinario, hasta el punto de no poder llevar luto, ni siquiera por sus padres.

Una idea más similar aún a la de Ezequiel fue la del *Ohel moed* o tabernáculo, a modo de templo portátil, que se suponía haber sido inventado por Moisés en el desierto, y que se desarmaba y volvía a armar cuando se cambiaba de residencia. No afirmamos que esta invención sea de Ezequiel, pero hay que declarar que las descripciones detalladas que quedan de este artefacto singular, están concebidas por el mismo espíritu que dictó a aquel profeta tantos planes irrealizables y combinaciones quiméricas.

La organización en cuadro perfecto, como un tablero, del campamento de Israel, está muy ligada al concepto del *Ohel moed*. El tabernáculo está en el centro, para que Jehová reine en medio del pueblo. La tribu de Leví alrededor, le sirve de guardia, y simétricamente se colocan en torno las doce tribus, ocupando Judá el puesto de honor.

Igualmente está previsto todo lo que se refiere a los trajes sacerdotales, con gran conocimiento del arte decorativo. Se atiende a las influencias egipcia, asiria y tiria, pero principalmente a la primera.

En la nueva Thora se halla también el concepto (ya apuntado por Ezequiel) de las ciudades levíticas, imposibilidad privada de toda relación con las cosas reales. Se supuso que Moisés había mandado después de la conquista del país de Canaán que se separaran de las diferentes tribus cuarenta y ocho ciudades reservadas a los levitas, y que Josué había realizado esta orden.

El año jubilar es la más audaz de las utopías de las que engendró en sus últimos días el espíritu altamente socialista de la escuela profética. El Código más antiguo de Israel conocía el año sabático, es decir el reposo de cada séptimo año, voto teórico que, aunque renovado por el Deuteronomio, nunca se observó. Los utritinas del siglo V lo tomaron en serio, y quisieron que cada cincuenta años, el mundo volviera en cierto modo a sus orígenes, que los esclavos recobrasen la libertad, y que las tierras volvieran a ser de su antiguo propietario. Combinada con la prescripción del año sabático, esta ley formaba una constitución económica totalmente impracticable. No ha habido nación alguna que viviera sujeta a semejante régimen, ni hombre sensato que tomara la pluma para escribir tales cosas, considerándolas aplicables.

Supongo que bajo la influencia de Ezequiel se escribió una vida de Moisés compilada según los textos antiguos, con todos los cambios que hacían necesarios las conveniencias de la época. La forma era en cierto modo anecdótica, y cada solución legal se fundaba en un caso que crea, sucedió a Moisés y a Josué, soluciones concebidas en sentido favorable a las pretensiones del alto sacerdocio naronida y con cierto odio a los ofitantes del templo o Beni-Gorah.

De la misma forma que el autor del Deuteronomio había rejuvenecido

casi todas las leyes antiguas del Libro de la Alianza, el nuevo legislador abarca en su cuadro una multitud de prescripciones anteriores, como si hubiera supuesto que los demás Códigos eran desconocidos, o que sería el único que sirviera.

El espíritu moral del Levítico es muy parecido al del Deuteronomio. El formalismo o el fanatismo son iguales. La piedad y la humanidad se llevan al más alto grado, pero sólo dentro de la familia israelita. Tantas garantías se dan al pobre que no se sabe cuáles podrían ser los privilegios del rico en una sociedad organizada según este modelo. La tierra no se vende realmente: es de Dios, y el propietario no es más que el colono de Dios. El capítulo XXV del Levítico es un verdadero Código civil, en el que la consideración de humanidad se antepone siempre al derecho estricto. El israelita empobrecido o anciano, ha de ser ayudado por la comunidad; la usura entre israelitas se prohíbe; el israelita no puede ser esclavo de otro israelita. En cambio, son aplicables todas las durezas de la esclavitud a los esclavos de otros pueblos vecinos o a los hijos de extranjeros residentes en el país.

Ninguna cultura espiritual, ningún arte, ninguna ciencia, ninguna filosofía, ninguna flor exquisita de las que nacieron en Grecia podía salir de tal régimen.

Resumiendo, la caridad, la bondad para con el débil, deben mucho a Israel, pero el derecho no le debe nada. Sólo el pueblo de Israel ha prohibido la usura entre los nacionales. La prohibición, humana al parecer, del Código judío, ha tenido al fin y al cabo más inconvenientes que ventajas. Porque de este modo se aumentó la usura con el extranjero y a consecuencia de reflejos singulares, el pueblo que más ha condenado la usura se ha visto mancillado con el injusto epíteto del más usurero.

Hay que añadir que estas leyes judías sobre la usura han hecho un disfraz al mundo, actuando durante un tiempo y a favor de quienes las adoptaron, en contra del progreso. Una cosa es éste y otra, la moral, aunque parezca un contrasentido. Al menos, bajo ciertas formas.

Los veinte o veinticinco años siguientes a la deportación fueron una época de alta actividad creadora. Casi toda la parte sacerdotal y levítica de la Thora nos parece, en el fondo, pertenecer a aquella época. La forma fue cambiada algunas veces, posteriormente. Como Jeremías fue el inspirador del Deuteronomio, Ezequiel fue el inspirador del Levítico. Los tres grados de la legislación religiosa en los hebreos se distinguen claramente: edad primera caracterizada por un genio grandioso, expresada en fórmulas sencillas que todo el mundo ha podido adoptar (edad de los profetas antiguos, del Libro de la Alianza, del Decálogo); edad segunda llena de una moralidad severa y conmovedora, estropeada por un puritanismo fanático muy intenso (edad del Deuteronomio y Jeremías); edad tercera, sacerdotal, estrecha, utópica, con quimeras e imposibilidades (edad de Ezequiel y del Levítico). Como cualquier cosa grande, la Thora judía es anónima, pero no hasta el punto de que detrás de ese texto, sagrado en grado sumo, no se descubran tres o cuatro grandes figuras: Elías (legendario), Isaías, Jeremías y Ezequiel.